

Reflejos

Marcos Rivas

El lago descansa sereno, casi sin límites en la oscura y helada noche de invierno. Miles de fantasmas recorren sus orillas, pasean sus cadenas llenas de recuerdos y pecados inconfesables y sueñan con la redención. El viento brama, los árboles se inclinan ante su indómito poder.

Algo me obliga a mirar el pozo negro que ahora se agita ante mí. Una voz silenciosa me llama una y otra vez desde las profundas aguas del olvido. Tiemblo mientras que en la superficie del lago se va formando una figura. No quiero mirar pero mis ojos no se despegan del chico sin rostro. Alzo la mano y lo saludo con respeto. Me devuelve el saludo. Alcanzo a verle los ojos. Su mirada me atraviesa y me siento traslúcido. Me acusa y sonrío ferozmente. Me habla en silencio, me dice cómo soy. Eso me asusta.

Me inclino hacia la orilla y su rostro cobra vida.

Es muy parecido a mí, pero a la vez tan diferente. Una lágrima se asoma a sus ojos y baja lentamente por la mejilla. Me horroriza que se avergüence de mí. Trato de explicarle los motivos que me llevaron a ser tan egoísta. Se lleva un dedo a los labios y me pide que me calle.

Lo he traicionado, lo sé. Sólo soy la sombra de mi reflejo heroico. Pero una sombra corta y mezquina, una sombra de sol de mediodía. Quizás algún día pueda ser como él, quizás algún día llegue a ser como una vez pensé que era: valiente, generoso, noble. Pero ya no me engaño, la honestidad de mi reflejo me lo impide.

Furioso, arrojo una piedra y lo hago desaparecer entre las aguas. Satisfecho de haber matado al único testigo de mi verdadera esencia, doy media vuelta, sin mirar atrás.

